Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades



HEURÍSTICA

HEURÍSTICA E HISTORIA









Universidad Nacional Autónoma de México

En este texto, Álvaro Matute discute la relación entre heurística e historia a partir de los dos significados que la heurística ha tenido para los historiadores: arte de inventar e investigación de documentos y fuentes históricas.

Fue el prusiano Johann Gustav Droysen, señala, quien incorporó el concepto de heurística a la elaboración de la obra historiográfica. Asimismo, concilió los dos significados al subordinar la heurística a la pregunta histórica y situarla en el mismo plano que la crítica y la interpretación.

Hoy en día la heurística es, indudablemente, el factor fundamental de la elaboración historiográfica. Pero cada horizonte cultural, dice Matute, debe elaborar su propia heurística partiendo de bases generales y enfatizando la información histórica que logre iluminar las zonas oscuras de su acontecer.

Álvaro Matute

Es licenciado, maestro y doctor en historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en donde actualmente es profesor del Colegio de Historia y de la División de Estudios de Posgrado. Es investigador titular en el Instituto de Investigaciones Históricas y forma parte de la Junta de Gobiemo de la UNAM; pertenece al Sistema Nacional de Investigadores (nivel III) y es miembro de número de la Academia Mexicana de Historia.

HEURÍSTICA E HISTORIA



Videoteca de Ciencias y Humanidades

Colección
Aprender a Aprender

Serie
Heurística

Coordinadores de áreas y especialidades:

Luis de la Peña
CIENCIAS DE LA MATERIA

Pablo Rudomin
CIENCIAS DE LA VIDA

Pablo González Casanova
CIENCIAS HUMANAS

Rolando García
TEORÍA Y METODOLOGÍA

Beatriz Garza Cuarón
CIENCIAS DEL LENGUAJE

Raymundo Bautista
MATEMÁTICAS

Hugo Aréchiga
CIENCIAS DE LA SALUD

Felipe Lara Rosano
INGENIERÍAS Y TECNOLOGÍAS

HEURÍSTICA E HISTORIA

Álvaro Matute





Universidad Nacional Autónoma de México

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias
en Ciencias y Humanidades

Coordinación de Humanidades
México, 1999

Primera edición, 1999

Edición científica:
Ma. Elena Olivera

Diseño de portada:
Ángeles Alegre Schettino y Lorena Salcedo Bandala

Universidad Nacional Autónoma de México

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias
en Ciencias y Humanidades

Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.

Impreso en México/*Printed in Mexico*

ISBN: 968-36-7553-0

ÁLVARO MATUTE

Realizó sus estudios de licenciatura, maestría y doctorado en historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es investigador titular en el Instituto de Investigaciones Históricas y profesor del Colegio de Historia y de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es Investigador Nacional nivel III, y miembro de número de la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid.
Actualmente trabaja en una investigación sobre el pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX y es miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM.
Autor, compilador y coordinador de más de una docena de libros, entre los cuales se pueden mencionar: La Revolución Mexicana. Actores, escenarios y acciones (vida, cultura y política, 1901-1920) *(INEHRM, 1993),* Estado, Iglesia y sociedad en México, siglo XIX *(UNAM–Miguel Ángel Porrúa, 1995)*

HEURÍSTICA E HISTORIA

I

El término *heurística*, según lo define el *Diccionario de la Real Academia*, viene del verbo griego *ενρισκω*, hallar, inventar, y ofrece dos significados que, en relación con la historia, pueden resultar contradictorios. La primera acepción lo define como "arte de inventar"; la segunda, como "busca o investigación de documentos o fuentes históricas". Su uso corriente entre historiadores es el que refiere la segunda acepción, y la forma como la asumen, contradice el primer significado, que es el más aceptado en otras disciplinas. José Gaos en sus "Notas sobre historiografía" la presenta como una de las seis operaciones que deben realizarse para que la historiografía —en rigor, la obra historiográfica— tenga lugar (Gaos 1974: 78).[1] La heurística es la investigación propiamente dicha. Vale la pena reproducir el parágrafo 34 de las mencionadas *Notas*:

[1] Las operaciones son: investigación, crítica, comprensión o interpretación, explicación, reconstrucción o construcción, y expresión; o si se prefiere llamarlas todas en griego: heurística, crítica, hermenéutica, etiología, arquitectónica y estilística.

> Por investigación [heurística] en sentido estricto no puede entenderse la investigación de los *hechos* históricos mismos, pues ésta abarca la crítica y la comprensión y puede abarcar la explicación, al menos en parte, sino que debe entenderse la recolección y, en casos, el descubrimiento de las *fuentes de conocimiento* de los hechos, que pueden reducirse a la palabra escrita o los *documentos* y a los *monumentos* mudos, pues aunque también es fuente de conocimiento la palabra oral, ésta acaba regularmente por fijarse por escrito. La recolección y el descubrimiento de los documentos y monumentos no puede hacerse sin ideas previas acerca de ellos en relación con el tema, pero el principal problema que la recolección y el descubrimiento de ellos plantea es el del *número* de los necesarios. La solución ideal parece ser la de recoger y descubrir *todos* los existentes o subsistentes, pero ya una pequeña reflexión basta para advertir que la solución efectiva no podrá ser la ideal. Nunca, en efecto, puede un historiador estar seguro de haber recogido y descubierto todos los existentes y por tanto la solución ideal representaría un aplazamiento de la obra historiográfica ad *Kalendas graecas.* De hecho, los historiadores trabajan sobre los documentos y monumentos disponibles después de una investigación propia o ajena detenida cuando les parece que disponen de *suficientes para aportar novedades más o menos importantes,* y este "parecer" es consecuencia de las operaciones restantes, hasta las de reconstrucción y expresión, y quizá principalmente de éstas, o es, en definitiva, manifestación de su "sentido histórico" o talento para la historiografía. De acuerdo con esto, hasta un solo documento o monumento puede servir de base para una obra historiográfica, como en el caso de ciertas monografías.

Este contenido de lo que es/debe ser la investigación o heurística, va en total consonancia con la segunda acepción del *Diccionario.* Sin embargo, en el parágrafo precedente, Gaos aclara que las seis operaciones no deben entender-

se como "rigurosamente sucesivas", sino que son "ingredientes lógicos diferenciables" que aparecen en la mente del historiador "desde que se le ocurre" el tema que investigará. Y al ocurrírsele, ya lo prefigura con cierta arquitectónica, con alguna idea interpretativa o explicativa, etcétera. Y agrega: "El proceso de trabajo historiográfico no consiste, pues, tanto en una sucesiva adición de nuevas operaciones, cuanto en un ejercicio conjunto de las enumeradas que va *amplificando* la primera ocurrencia, así acaso en su volumen total como sin duda en el detalle, y también *modificándola*". Esta reflexión permite conciliar la segunda con la primera de las acepciones del término, ya que se concebiría al trabajo de investigación —en sentido amplio— como un ejercicio del arte de inventar.

Quien puso en circulación el concepto de heurística, como parte integrante del proceso de elaboración de la obra historiográfica, fue un clásico, en este caso, el prusiano Johann Gustav Droysen. En su muy apreciada y revalorada *Historik*, Droysen (1983) la hace ser una de las operaciones fundamentales para conseguir los fines que se propone la historia a partir de la pregunta investigante, que es lo que este autor considera como el verdadero punto de partida para el desarrollo de la investigación histórica.

Fiel al significado griego de la palabra, en la parte de su tratado dedicada a la heurística, se ocupa del material histórico, de aquello que debiera servir para emprender la reconstrucción. Antes de proceder a mostrar los tipos de materiales en que se debe basar la investigación, plantea dos preguntas muy oportunas, que reproduzco:

> ¿Cuáles son, en esta pregunta histórica, los hilos individuales que encuentro entrelazados en ella, y cómo encuentro los materiales para perseguirlos hasta su origen, materiales que se entrelazan en mi representación y que, localizados en su origen, me permiten convencerme de si y hasta qué punto y cómo tienen un fundamento firme?

> ¿De qué especie son estos materiales de los cuales tengo que buscar para cada caso singular lo que me resulta necesario? ¿Son quizá, por su diverso género, de diverso valor y de diverso peso? ¿Se encuentran todos en la misma relación con las realidades pasadas de las que tienen que darme testimonio? (Droysen 1983: 49)

Resulta importante subrayar que Droysen ubica su capítulo dedicado a la heurística dentro de un apartado mayor titulado "La metódica", junto con otros dos: "La crítica" y "La interpretación". Así, estas tres operaciones constituyen la metódica, que es un conjunto que se complementará con la *sistemática* y la *tópica.* Pero antes de desarrollar el tema de la heurística, Droysen parte de un fundamento, que da lugar a la conjunción de heurística, crítica e interpretación, relativo a *la pregunta histórica* y al que pertenecen las citas reproducidas arriba, en las que formula los fundamentos de la investigación histórica.

Droysen busca las respuestas en el examen del material histórico: las fuentes, a las que distingue de los restos y los monumentos —los cuales son, asimismo, fuentes. La distinción se basa en que los restos, a diferencia de los monumentos, son algo que simplemente queda de lo que fue; los monumentos se proyectan para que permanezcan y hablen al futuro acerca del presente en el que fueron erigidos y las fuentes, son "la representación o el recuerdo, fijados por escrito, que se tienen de este pasado" (Droysen 1983: 51). La heurística es el arte de buscar los materiales necesarios; Droysen le da connotación de arte, el cual "no puede conseguir materiales que no existen; pero no existen solamente los que cada uno ve a primera vista, y la genialidad del investigador se muestra en saber encontrar materiales donde otros no vieron nada hasta que les mostró todo lo que allí había" (Droysen 1983: 105). Para el buen desarrollo de la heurística, nuestro autor establece una serie: existen los materiales que se pueden obtener a

primera vista; ello es posible gracias a la erudición. Sigue después la necesidad de descubrir los desconocidos, lo cual, a veces, se logra por obra de la casualidad; pero no es sólo el azar lo que logra que el investigador encuentre lo que busca: una fuente desconocida, como igualmente lo hacen las conocidas, hace que se pueda dar con otras, ya sea esperadas o totalmente desconocidas. Por último, se pueden incorporar fuentes que no habían sido considera-das como tales y que una nueva "lectura" permite ver en función del asunto buscado.

¿Cómo conciliar en Droysen los dos significados de heurística? Creo que sí existe la conciliación, precisamen-te en el acto de subordinar la heurística a la pregunta his-tórica, y colocarla en el mismo plano que a la crítica y la interpretación, porque no puede darse la una sin la otra y no pueden darse sin depender, a su vez, de la pregunta histórica que es lo que expresa el acto de imaginar, previo al de investigar. Hayden White utiliza como epígrafe de *Metahistory* una frase de Gastón Bachelard que se refiere a que sólo se puede estudiar lo que antes se ha soñado. Ello devuelve al concepto su significado pleno, por enci-ma de las dos acepciones que, como veremos adelante, se han llegado a presentar como contrapuestas.

La generación posterior a Droysen fue la responsable de que en historia se separara el significado de heurística. Droysen fue uno de los creadores de la hermenéutica apli-cada a la historia, cosa que los historiadores positivistas rechazaron para privilegiar únicamente lo que se pudiera comprobar de manera documental, haciendo, incluso, una tergiversación de lo que Leopold von Ranke había estable-cido.[2] Dicha generación es la de los metodólogos de fina-

2 Resulta largo discutir este punto. Ranke fue tomado como paradigma de la historia científica al reducir su aforismo "*wie es eigentliche gewesen ist*" ["lo que realmente pasó"] a aquello que sólo se pudiera comprobar con do-cumentos, cuando recientemente Georg Iggers ha probado que la acepción

les del siglo XIX, que aprovecharon las brechas abiertas por Droysen, pero las redujeron a la fundamentación de una cientificidad histórica exclusivamente documental. Me refiero, entre otros, a Charles Langlois y Charles Seignobos en su libro *Introducción a los estudios históricos* (1972),[3] que indudablemente es el que ha corrido con mayor suerte y le ha dado la vuelta al mundo; su relativa ligereza lo hace más accesible que *Introducción al estudio de la historia* (1937) de su predecesor el alemán Ernest Bernheim, o que su homónimo posterior, de Wilhelm Bauer.[4] Langlois y Seignobos le quitaron a los libros de los alemanes mucha de su densidad, sin perder rigor ni objetivos. Lo que buscan los tres textos mencionados es proporcionarle a quien se inicia en la investigación histórica, no el "a, b, c", sino todo el alfabeto concerniente a esa disciplina. Pese a las invectivas de parte de sus coterráneos de *Annales*, la obra centenaria todavía despierta entusiasmo.[5]

Conviene subrayar una característica de Droysen: como gran maestro que fue, no es prescriptivo, es sugerente. Eso lo diferencia de sus otros dos coterráneos, Bernheim y Bauer, y de los célebres franceses Langlois y Seignobos. Con Droysen se asiste a un planteamiento abierto de la heurística, señala la guía para practicar el *ευρισκω*. Otra

---

de *gewesen* no es *realmente* sino *esencialmente*. ¿No hay contradicción entre prueba documental y algo que sucedió esencialmente, en lugar de real, positiva o verdaderamente? Véase Iggers (1983: 63-89). Para abundar sobre el tema, véase el excelente libro de Peter Novick, *That Noble Dream. The "Objectivity Question" and the American Historical Profession* (1988).

3 El que el traductor sea Domingo Vaca significa que esta versión castellana data de la primera década del siglo XX. Este historiador español tradujo también al rumano a A. D. Xenopol en 1912.

4 El título original es *Lehrbuch der Historischen Methode und der Geschichtsphilosophie*, esto es, *Tratado del método histórico y la filosofía de la historia*. La primera edición data de 1889. Gracias a Huizinga (1977: 87-88) sabemos que el libro se publicó de manera incesante: para 1908 había ya seis ediciones.

5 Homenaje realmente entusiasta les rinde Sonia Corcuera de Mancera en *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX* (1997: 146-162).

gran diferencia del helenista prusiano con los preceptistas mencionados es que él no pone un acento especial en el papel de la heurística, como lo hacen los otros. Acaso aquéllos se dejaban guiar más por sus afanes taxonómicos, ya que los cuatro se caracterizan por sus complejas elaboraciones de fuentes y tipos de fuentes, que presentan en tablas y cuadros. Ello merece una disquisición importante. La valoración historiográfica ha variado con los siglos. Desde el renacimiento hasta el final del siglo XVIII imperó la retórica, por lo que, una gran obra de historia merecía la mejor consideración por sus dotes literarias. El trabajo paralelo que desempeñaban los monjes y que fortaleció el desarrollo de la crítica era sólo un medio, no un fin. Los fines estaban regidos por el logro de un buen producto para la lectura (Wischi-Bern 1972).

En el siglo XIX se estableció una mayor distancia entre la recreación y la certidumbre. Antes de que pasaran a formar parte de los tratados, la heurística —en sentido restringido— y la crítica fueron ganando un lugar preponderante en la confección de los discursos históricos. La necesidad del realismo así lo planteaba.[6] La valoración historiográfica típica del siglo XIX uso el énfasis sobre el buen o mal aprovechamiento de las fuentes del historiador.[7] En ese sentido, el legado de Droysen se bifurca, ya que los tratadistas que lo sucedieron inmediatamente, se dedicaron a levantar monumentos al binomio heurístico–crítico. En

6 Este aspecto lo desarrolla magistralmente Hayden White en *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe* (1973), especialmente en el capítulo 7, sobre la conciencia histórica y el renacimiento de la filosofía de la historia. White recuerda que se exigía un relato verídico del pasado, un espíritu de objetividad y puntos de vista que se elevaran por encima de los partidarismos.

7 Un buen ejemplo mexicano de este aserto lo da don Joaquín García Icazbalceta. Véase su contribución al *Diccionario universal de historia y geografía* (1853-1856), "Historiadores de México". El criterio de originalidad se dirige al aspecto heurístico y no a algún otro.

cambio, quienes han revalorado su legado desde el ángulo de la hermenéutica, como Dilthey y sus epígonos, desarrollaron el criterio de valoración de los aspectos interpretativos, como representativos y exponentes de la concepción del mundo de los historiadores, cuyo trabajo da por supuesto un buen desempeño heurístico. Sólo hasta hace poco tiempo se comenzó a revalorar el aspecto expresivo, pero hacer referencia a ello nos desvía de nuestro propósito.

El hecho es que la historiografía del siglo XIX se distinguió, más que nada, por su enorme avance con respecto al de los siglos anteriores, al garantizar que sus productos se debían a una investigación irreprochable. Con cierto tono iconoclasta, E. H. Carr nos recuerda que la precisión en el discurso historiográfico, de acuerdo con Housmann, "es un deber, no una virtud", y que "Elogiar a un historiador por la precisión de sus datos es como encomiar a un arquitecto por utilizar, en su edificio, vigas debidamente preparadas o cemento bien mezclado. Ello es condición necesaria de su obra, pero no su función esencial" (Carr 1967: 15). Indudablemente, los historiadores decimonónicos daban por supuesto que un libro de historia debía estar bien escrito y punto. Era obligado hacerlo.

Para retomar el hilo de la heurística, un tratadista como Bauer establece una clasificación general de las fuentes en dos grandes sentidos, el amplio, que se refiere a la exteriorización de las realidades que constituyen el devenir: hechos geográficos, corporales, de la vida práctica, del orden volitivo y de las facultades intelectuales. A cada uno de esos tipos de hechos le corresponde una actividad humana codificada y una exteriorización, la cual da lugar a la producción de fuentes, en cualquiera de sus manifestaciones. Eso, sin embargo, era una especie de gran telón de fondo, que permitía llegar a las fuentes en sentido estricto, que son aquellas con las que se debe enfrentar el historiador. La clasificación que propone Bauer implica tres grandes tipos: las fuentes transmitidas oralmente, las fuentes

transmitidas por escrito, y las fuentes transmitidas por medio de la representación plástica. A su vez, cada uno de estos rubros se subdivide en cuantos resulte necesario (Bauer 1970: 221-222). Pero es tan amplio y complejo el universo de las fuentes, que fue necesario acudir a las que se dieron en llamar ciencias auxiliares de la historia. Gracias a ellas el binomio heurística–crítica pudo ser garante de una historiografía nítida en su confección.

La fe en la heurística llegó a declaraciones como la que a continuación transcribo, que es el primer párrafo del primer capítulo del citado libro de Langlois y Seignobos:

> La historia se hace con documentos. Los documentos son las huellas que han dejado los pensamientos y los actos de los hombres de otros tiempos. Entre los pensamientos y los actos, muy pocos hay que dejan huellas visibles, y esas huellas, cuando existen, son raras veces duraderas, bastando cualquier accidente para borrarlas. Ahora bien, todo pensamiento y todo acto que no haya dejado huellas, directas o indirectas, o cuyas huellas visibles han desaparecido, resulta perdido para la historia, es como si nunca hubiera existido. Por falta de documentos, la historia de inmensos periodos del pasado de la humanidad nunca podrá ser conocida. *Porque nada suple a los documentos, y donde no los hay, no hay historia* (Langlois y Seignobos 1972: 17).[8]

La palabra documentos, en la cita anterior, adquiere la connotación de fetiche. Sin ellos, no hay, no puede haber historia. Acudo a otro maestro francés para defendernos de tan radical aseveración, el siempre citable Lucien Fevbre: "La historia se hace con documentos escritos, sin duda, cuando los hay. Pero puede y debe hacerse con todo lo que el ingenio del historiador le permita utilizar".[9] Este

8 Las cursivas son mías.

9 Lucien Febvre, *Combates por la historia*, citado por Marrou (1968: 62).

combate del cofundador de la célebre revista (*Annales*), quita a la aseveración de los positivistas franceses esa carga contundente en la cual se plantea la relación *historia=documento*, cuando, con Fevbre, la relación debe ser *historia> documento*. Acaso palabras más abarcantes como fuente o testimonio o, mejor aún, memoria, sean más convenientes en lugar de documentos que es más estricta. Pero habría más: plantear que la historia sea mayor que todo aquello que pueda ser utilizado para ser rescatada, recordada, inventada. Posible, en una palabra.

II

¿Existe una historicidad de la heurística, en tanto parte integrante del proceso de construcción historiográfica? La respuesta, es obvio, debe ser afirmativa, aunque cabe aclarar que se trata de una historicidad que corre con lentitud desproporcionada con respecto a otras de las operaciones constitutivas de la referida elaboración historiográfica.[10] Indudablemente, esa desproporción contrasta de manera mayor con la hermenéutica, ya que los cambios en el proceso interpretativo-comprensivo pueden ofrecer mudanzas más frecuentes o variedades que coexistan simultáneamente, mientras el factor heurístico, o heurístico–crítico, permanezca en una duración más larga con respecto al hermenéutico. El factor etiológico ha tenido duraciones variables, desde una casi inmutable, con el predominio en larga duración de la concepción cristiana de la historia, cuyo fin último parte de la Providencia, hasta la mutabilidad o convivencia del siglo que concluye, que puede

---

[10] José Gaos en sus ya citadas "Notas sobre historiografía" (1974: 77-79), sigue en parte la propuesta de Droysen.

plantear también la renuncia a la apelación a la etiología. No intento ahora el cotejo con los aspectos expresivos, porque donde ha habido variantes más notorias no ha sido en ellos en sí, sino en ellos como elemento para emprender la valoración historiográfica.[11]

La heurística ha observado en su desarrollo pocas variables, como no sean las referentes a la concepción del hecho histórico mismo y la necesidad de diferentes tipos de fuentes para documentarlo. Como ejemplo de la durabilidad de las pocas variantes heurísticas, pueden apreciarse las propuestas de manuales, como los mencionados al principio de este trabajo, y una obra semejante de carácter enciclopédico, coordinada por Charles Samaran, en 1961 (Samaran 1961). Digamos que difiere poco con respecto a las propuestas de Bernheim, al darle un gran espacio al desarrollo de las ciencias auxiliares. Si bien el volumen de Samaran incluye una apertura epistemológica de Marrou y colaboraciones de Georges Duby en torno a la entonces muy novedosa historia de las mentalidades, persiste en cuestiones fundamentales para los historiadores europeos como la epigrafía, la sigilografía, etc., y enriquece aspectos como el concurso de la cinematografía, desarrollado éste por el celebrado crítico e historiador del cine Georges Sadoul. Si bien ya Bauer incluía el cine como recurso del conocimiento histórico en 1928, es evidente que treinta y tres años después se podía decir mucho más sobre él. Pero esencialmente, el factor heurístico en general observó pocos cambios en el transcurso de siete décadas. Mi versión en torno al porqué de esa poca variabilidad radica en dos puntos: el hecho de que el planteamiento es europeo y el hecho de que se toma muy poco en consideración a la historia de los sucesos más inmediatos.

---

[11] Sobre todo a partir de las propuestas de Louis A. Mink y, especialmente, de Hayden White en su obra citada (1973) y otros textos.

El eurocentrismo de la heurística es evidente a los ojos de todo lector de los tratados que se refieren a ella. Las ciencias auxiliares se ocupan de elementos fundamentales para el helenismo o la historia del Imperio Romano, para la Edad Media y la Edad Moderna europea, que establecen cánones muy claros a seguir. La numismática, por ejemplo, no auxilia de la misma manera a quien investiga sobre un emperador de Roma, que a quien lo hace sobre una colonia española en América. No deja de ser un buen auxiliar, pero desde luego que la numismática crece de manera proporcional con la antigüedad de los hechos investigados, al igual que la epigrafía. No discuto la universalidad de las ciencias auxiliares, en cuanto tales, simplemente la relativizo en cuanto a su utilidad en distintos tiempos y espacios geográficos. Estoy convencido de que cada horizonte cultural debe elaborar su propia heurística, partiendo de bases generales y poniendo el énfasis en los aspectos en los que resulte fundamental para el esclarecimiento de problemas de información histórica que realmente iluminen zonas oscuras del acontecer. Lejos de estar al tanto de asuntos históricos tan particulares, comunico que existe una especialización en historia de los países árticos, como también la hay, evidentemente, en el mundo del Islam. A todas luces es fácil imaginar que es preciso acudir a matices muy diferentes de la heurística para señalar qué elementos auxiliares deben ser tomados en cuenta para garantizar la nitidez de los datos históricos que serán utilizados para la elaboración historiográfica.[12]

El problema inmediato de la historia es, asimismo, de la mayor consideración. La historia de los últimos treinta años es, como todas, desde luego, algo que se encuentra

[12] Los ejemplos mencionados no son gratuitos ni inventados. En el último Congreso Internacional de Ciencias Históricas —celebrado del 27 de agosto al 3 de septiembre en Montreal, Canadá, en 1995— hubo mesas sobre esos dos espacios geográficos, tan radicalmente distintos.

en proceso de elaboración y que se ofrece como algo provisional. Podría argüirse que toda historiografía es, finalmente, provisional. De acuerdo, pero lo es más la reciente que la de tiempos más remotos. Tal vez porque éstos ya prácticamente agotaron sus fuentes, o al menos eso puede parecer, al contrario de lo más cercano, por muchas razones. Es posible que, aunque se cuente con apertura de archivos, lo que haya en ellos aún no sea todo lo que se espera que puedan contener. Ello con respecto a los archivos públicos regulados por la convención de que tienen que ser abiertos transcurridos 25 años. Pero también hay archivos privados que están sujetos a la voluntad de sus propietarios o que simplemente no están a la disposición del público. Esto, por un lado. Por otro, nos enfrentamos a problemas que pueden ir desde la destrucción omnisciente de documentos, para no dejar rastro de alguna situación comprometida, hasta la ausencia de tal documentación al sustituir la comunicación verbal, telefónica, la antigua necesidad de la comunicación escrita. Un ejemplo burdo me permite recordar que un viaje en los tiempos que evoca Manuel Payno en *Los bandidos de Río Frío*, del centro de la ciudad —que entonces no era el centro de la ciudad, sino la ciudad toda— a Tlalpan, era larguísimo y podía dar lugar a que alguien se alojara en el viejo San Agustín de las Cuevas y le escribiera a los suyos que hubieran permanecido en la capital. No hace falta recordar que hoy en día podemos ir y regresar de Tlalpan al Zócalo más de una vez al día y que, por inventar cualquier cosa, el director del Instituto Federal Electoral (Tlalpan) se puede entrevistar con el secretario de Gobernación (Bucareli) en cualquier momento y que lo que acuerden quede restringido a lo verbal. Posteriormente cada uno de ellos redacta un documento derivado de dicho acuerdo, que dentro de muchos años podría leer un historiador, que no dispondría de lo acordado en la conversación privada, sostenida en la oficina de uno de ellos o, peor aún, en un desayuno. Si acaso, gra-

cias a algún columnista que hubiera hecho alusión a tal encuentro, el investigador lo podría consignar, pero sin que le conste de qué hablaron. Sin embargo, la producción de documentos de las dos instituciones, fechados el mismo día y referidos a cuestiones semejantes, podría permitir la inferencia en torno al acuerdo tomado del que no quedó constancia en el momento. ¿No existe tal historia por no haber documento, o el historiador restituye con inferencias lo que pudo haber acontecido, a partir de lo que sí dejó constancia?

En cuanto a la destrucción deliberada de documentos, es posible imaginar que diariamente pasan millares de hojas de papel por máquinas trituradoras que convertirán en material reciclable algunas cosas que podrían haber sido oro molido para futuros historiadores. Pero como ese material ni siquiera llega a ser introducido en una carpeta para ir a descansar a un archivo, ni siquiera cabe lamentarlo. De lo que sí hay constancia es de la destrucción de documentación cuando es publicitada, como ocurrió con la incineración de las boletas electorales de 1988. Si por la mente de quienes la ejecutaron pasó el *dictum* de Langlois y Seignobos de que sin documentos no hay historia, no repararon en que lo válido para 1898, no lo es para un siglo más tarde.

De cualquier manera, la tecnología actual sí es un problema para la heurística tradicional, que debe ponerse al día con respecto a los retos que ella plantea y que, seguramente, sobrepasan nuestra imaginación de historiadores, al fin y al cabo, educados por esa tradición. La prensa, por muchas razones, sustituye e indica, pero no suple. Es demasiado indirecta para caber en la categoría de fuente que dimana directamente de la producción de un hecho. Reclama, en todo caso, un ejercicio crítico muy fino de parte del historiador para establecer con ello la veracidad requerida.

En la producción actual de información, el lector de periódicos se enfrenta con ciertos tipos de "hechos" que siempre conviene revisar con sumo cuidado. Se trata de hechos inducidos, a partir de expectativas. Me refiero, como ejemplo, a las encuestas y todo género de muestreos que tratan de ilustrar las tendencias del electorado, las preferencias o calificaciones en torno a una figura política, o una tendencia de opinión en torno a algún fenómeno de la colectividad. Si bien vale la pena que un historiador vaya en busca de un fenómeno aludido por esa documentación, debe enfrentar esos hechos no como directamente producidos por la realidad misma, sino como inducidos acerca de esa realidad. La solución de ese problema heurístico la proporciona, como siempre, la crítica.

¿Hasta dónde la utilización de métodos cuantitativos en historia planteó nuevos elementos en la heurística? Aparentemente lo hizo, pero bien mirado el asunto, la elaboración de series, censos, gráficas, la utilización de las antiguas computadoras con tarjetas perforadas, etc., partían de datos concretos proporcionados por fuentes tradicionales tales como libros parroquiales, censos antiguos, y cosas por el estilo, que debían ser sometidas a las mismas operaciones de siempre, antes de que lo proveniente de ellas fuera integrado a las bases de datos que posteriormente serían cuantificados (Cardoso y Brignoli 1977).[13]

Por otra parte, es preciso recatalogar las posibles fuentes que no habían sido contempladas como tales por los beneméritos taxónomos de hace un siglo. Si bien hay poco nuevo bajo el sol, es necesario tomar muy en cuenta el aumento cuantitativo de producción de elementos que tienden a sustituir la producción de material documental escrito, por material documental audiovisual. Hago refe-

---

13 Véase, sobre todo, el más ambicioso texto de metodología de los últimos años, elaborado por Jerzy Topolsky (1985).

rencia a los videos que permitieron replantear el caso de Aguas Blancas, Guerrero, o bien, la filmación de cómo los policías de Los Ángeles golpearon al ciudadano negro, con lo que se ocasionó el formidable motín. El asunto no es señalar la validez del video como fuente histórica, sino hacer la adecuada reflexión heurística sobre ello. Como ya he insistido a lo largo de este texto, la heurística no va sola, sin la crítica. Es el binomio el que fortalece el factor investigativo. Por ello, no sólo es necesario catalogar las nuevas fuentes históricas, sino plantear cómo hacer un buen uso de ellas. Esto no debe ir de la mano con aquello que tiene reconocimiento como prueba de validez jurídica, porque el historiador no es precisamente un fiscal. Su margen de libertad es mayor, pese a su sometimiento a los rigores de la prueba, y puede ir más lejos que el abogado, pero acaso no tanto como el periodista. Es interesante apreciar cómo se ha dado un proceso de democratización de la producción de posibles fuentes históricas que en otros tiempos estaban reservadas a sectores más estrechos. En ese sentido, el historiador estará en posibilidad de aprovechar recursos más ricos y distintos de los que ha manejado hasta ahora.

En los últimos años, también se han desarrollado nuevas técnicas para "leer" mejor cierto tipo de documentos, sobre todo los de carácter visual. Las aportaciones de John Mraz, por ejemplo, son muy sugestivas al respecto (Mraz 1998). Para la heurística, no sólo las fotografías de los personajes trascendentes o de acciones sobresalientes son dignas de pasar a formar parte de los acervos. Cualquier grupo familiar que aparezca en una fotografía es una fuente histórica, dependiente, desde luego, de la intención de la pregunta investigante. Lo que realmente ha pasado es que el enriquecimiento y la democratización de las preguntas mueven al historiador a buscar las respuestas en materiales poco usuales desde las perspectivas anteriores.

Retornemos a Droysen. La tríada de lo que él denominó *metódica* sigue siendo válida: la heurística, la crítica y la interpretación directamente relacionada con las fuentes mismas que nos permiten leerlas con mayores perspectivas, con más riqueza, para hacerlas hablar de manera más elocuente.

Definitivamente los documentos no siempre hablan por sí solos, aunque los haya tan ricos en sí como el referido video de Aguas Blancas o las imágenes en movimiento del asesinato de Luis Donaldo Colosio. Pero antes como ahora, la heurística requiere del resto de los componentes. Sin crítica y sin buena lectura, cosas oriundas del sujeto y no del material mismo, no se pueden obtener los resultados más deseables.

III

La heurística es indudablemente el factor fundamental que da existencia a la elaboración historiográfica. Sin documentos podría haber historia, mas sin heurística, sin búsqueda, no habría historia posible. Aun una historia con poca investigación, que parta sólo de una relectura de materiales conocidos, tiene heurística, aunque en grado menor, pero responde a una investigación que da lugar a establecer la necesidad de una reinterpretación, dado lo insatisfactoria que puede resultar aquella que se trata de modificar. Hay en ello un principio de heurísitca. Existe un amplio sector entre los historiadores, tal vez mayoritario, que da el mayor peso a la valoración historiográfica. Se sigue repitiendo, como se hizo en el siglo pasado, que una obra es buena porque para ella se revisó "n" número de documentos o de archivos. Esto es usual al calificar las innumerables monografías que se producen a raudales en el mundo académico. Hayden White llama al grueso de esa produc-

ción *informes de archivo,* ya que son materiales que no van más allá de satisfacer algunas necesidades de llenar lagunas de información, pero de elaboración conceptual más bien pobre, que no resistirían un análisis retórico de profundidad. Se trata de trabajos que de los seis componentes de la obra historiográfica, difícilmente reúnen la mitad. La pobreza de su pregunta investigante es que prácticamente no existe, se puede limitar a señalar que sobre eso no se había escrito nada y había muchos documentos en los archivos, o que faltaba completar un tramo a partir de otra investigación que se detenía en un determinado momento. La verdadera valoración historiográfica debe centrarse en toda la gama de elementos que pone en práctica el historiador para lograr sus fines e intentar una obra mayor, que vaya más lejos de la monografía escolar.

Para concluir, quiero apelar a la maravillosa metáfora elaborada por Jorge Luis Borges en "Funes el memorioso". ¿Representa Funes a la historia, en cuanto afán de querer abarcarlo todo, de no dejar ningún elemento fuera del discurso? De serlo, esa historia sería la que diera primacía a la heurística, incluso sin crítica ni interpretación, o sea, sin la *metódica* propuesta por Droysen. La lectura de muchos trabajos nos lleva a plantear no esa *reductio ad absurdum,* sino ese terrible aumento. Como dice Borges al final del relato: "Sospecho, sin embargo, que no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer, en el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles, casi inmediatos". El predominio heurístico propicia lo contrario, el repetido *pensar la historia.* La omisión, el olvido, la jerarquización son fundamentales para que los datos obtenidos por la heurística lleguen a ser debidamente interpretados y el autor los exprese con lo que es suyo: el estilo. La heurística como fin y no como medio nos lleva a la aberración que significa Funes. Recordar lo acontecido implicaría una tarea de la misma magnitud que lo ocurrido.

BIBLIOGRAFÍA

Barzun, Jacques. 1974. *Clio and the Doctors. Psycho History, Quanto History & History*. Chicago: University of Chicago Press.

Bauer, Wilhelm. 1970. *Introducción al estudio de la historia*. 4ª ed. Luis G. de Valdeavellano (tr.). Barcelona: Bosch.

Bernheim, Ernest. 1937. *Introducción al estudio de la historia*. Pascual Galindo Romero (tr.). Barcelona: Labor.

Cardoso, Ciro F.S. y H. Pérez Brignoli. 1977. *Los métodos de la historia*. México: Grijalbo.

Carr, E.H. 1967. *¿Qué es la historia?* Joaquín Romero Maura (tr.). Barcelona: Seix Barral.

Corcuera de Mancera, Sonia. 1997. *Voces y silencios en la historia. Siglos* XIX *y* XX. México: Fondo de Cultura Económica.

Droysen, Johann Gustav. 1983. *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*. Ernesto Garzón Valdés y Rafael Gutiérrez Girardot (tr.). Barcelona: Alfa.

Gaos, José. 1974. "Notas sobre historiografía". En Matute, Álvaro, *La teoría de la historia en México, 1940-1973*. México: Secretaría de Educación Pública (Sepsetentas, 126).

García Icazbalceta, Joaquín. 1853-1856. "Historiadores de México". En *Diccionario universal de historia y geografía*. México: Tipografía de Rafael.

Huizinga, Johan. 1977. *El concepto de la historia y otros ensayos*. Wenceslao Roces (tr.). México: Fondo de Cultura Económica.

Iggers, Georg G. 1983. *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*. New Hampshire: Wesleyan University Press.

Langlois, Charles V. y Charles Seignobos. 1972. *Introducción a los estudios históricos*. Domingo Vaca (tr.). Buenos Aires: La Pléyade.

Marrou, H. I. 1968. *El conocimiento histórico*. J.M. García de la Mora (tr.). Barcelona: Labor.

Mraz, John (coord.). 1998. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 9, núm. 1, enero-junio, número dedicado al tema "Cultura visual en América Latina".

Novik, Peter. 1988. *That Noble Dream. The "Objetivity Question" and the American Historical Profession*. Cambridge: Cambridge University Press. [Edición en español: 1997. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.]

Samaran, Charles. 1961. *L'Histoire et ses méthodes*. París: Bibliothèque de La Pléiade.

Topolsky, Jerzy. 1985. *Metodología de la historia*. María Luisa Rodríguez Tapia (tr.). Madrid: Ediciones Cátedra. [Edición en polaco: 1973.]

White, Hayden. 1973. *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press.

Wischi-Bern, Astrid. 1972. "Bibliography of works in the philosophy of history, 1500-1800". *History and Theory*, Beiheft, núm. 12.

XVIII *Congrès International des Sciences Historiques. Actes, rapports, résumés et présentations des tables rondes*. 1995. Montreal: CISH.

Heurística e historia, de Álvaro Matute, terminó de imprimirse en la Ciudad de México, durante mayo de 1999, en los talleres de S y G Editores, S.A. de C.V., Cuapinol 52, Col. Santo Domingo de los Reyes. Se imprimieron 500 ejemplares más sobrantes sobre papel bond de 75 grs. En su composición se utilizaron tipos Optima de 12, 10, 9, 8, 7 y 5 pts. La corrección de estilo estuvo a cargo de Ma. Elena Olivera; la lectura de pruebas, de Juana Xóchitl Escamilla Barranco; la composición tipográfica, de Alida Casale Núñez.